

ducir por una falsa idea de libertad; sabemos que se ha propuesto por ideal una falsa igualdad, y que la soberanía que ha reclamado para el pueblo ha venido á ser un arma en las manos del despotismo. También importa saber de dónde ha tomado la Revolución sus errores. Á nuestro parecer, la filosofía es culpable, y lo es igualmente la religión, y todavía más, porque es una idea religiosa la que ha engañado á los filósofos (a). Investigaremos las causas que han extraviado á la filosofía y á la religión; nunca habrá dado la historia una lección más grave y más provechosa á los pueblos; ilustrados acerca de lo que pasó, ya no confundirán el pan de vida con el alimento emponzoñado; no porque todo sea veneno en el cristianismo tradicional y en la filosofía que en él se ha inspirado; pero ha llegado el tiempo de separar el error de la verdad.

La Revolución del 89 ha inaugurado una nueva era. Ya gozamos de sus inapreciables beneficios, y aún nos esperan otros más grandes. ¿Á quién somos deudores de ellos? ¿De dónde hay que sacar la palabra de vida? ¡Cuestión capital! Importa que sepamos si somos hijos de la Iglesia ó hijos de la filosofía. Nuestra respuesta es conocida de antemano. La fuente de vida no está en lo pasado; sólo por una falsificación de la historia se llega á transformar el catolicismo en una religión de libertad. ¿Es esto decir que haya que repudiar el cristianismo como una religión de servidumbre? Ciertamente es que el cristianismo tradicional no ha tenido jamás el sentido de la libertad política; pero también es cierto que hay en la predicación del Cristo un primer gérmen de esa libertad individual y de esos derechos del hombre que son para nosotros tan preciosos. Él es el primero que ha emancipado la conciencia del yugo de la soberanía absorbente del César. Pero dicho esto, debemos añadir que la Iglesia ha alterado y corrompido las palabras de aquel que reverencia como un Dios hasta el punto de que una doctrina de redención haya venido á ser una doctrina de servidumbre. Para dar á las palabras de Jesucristo su verdadero sentido, para desarrollar el gérmen de libertad religiosa que en-

(a) Pues entonces está por demás todo lo dicho. Si al fin conviene Laurent en que los filósofos han bebido sus errores en la fuente religiosa, claro es que allí han bebido también sus aciertos ó sus verdades. Luego el origen de la Revolución, en resumen de cuentas, se halla en la religión cristiana.—(N. del T.)

cierran, ha sido necesaria una nueva civilización y nuevas razas, y un movimiento filosófico que es del todo ajeno al fundador del cristianismo (a). En ese sentido es en el que saludamos á Jesucristo como el precursor de la libertad moderna, y, por consecuencia, de la Revolución. Mas por eso mismo increpamos á sus indignos sucesores, que han usurpado su herencia y explotado su gran nombre. Sus verdaderos y legítimos herederos son los libres pensadores. Nosotros, pues, somos hijos de la filosofía, no somos hijos de la Iglesia.

§ II.—La Revolución y el cristianismo.

N.º 1.—*Las ilusiones de los amigos de la libertad.*

I.

El 5 de Agosto de 1789 un orador cristiano, el abate Fauchet, subía al púlpito para celebrar la memoria de los mártires del 14 de Julio. ¡Singular espectáculo, que hubiera hecho retroceder espantados á Bossuet y al mismo Fenelon! En un templo católico, un ministro de la Iglesia romana pronunciando la oración fúnebre de hombres que habían derramado su sangre por la libertad y destruido el antiguo régimen personificado en la Bastilla. Hasta las vísperas de la Revolución, los representantes oficiales del catolicismo habían condenado las aspiraciones á la libertad; habían ensalzado el antiguo régimen y la monarquía absoluta como un poder emanado de Dios y preceptuado la obediencia pasiva como el primer deber del cristiano. Ponemos enfrente de esos sentimientos tradicionales de la Iglesia las nuevas voces que repercutieron en el santuario de Nuestra Señora (1).

El abate Fauchet rechaza altivamente y con desprecio "á los falsos intérpretes de los divinos oráculos, que, en nombre del cielo, pretenden hacer que los pueblos se arrastren ante las voluntades arbitrarias de sus jefes. Ellos han consagrado

(a) El lector observará aquí las vacilaciones de Laurent, sus contradicciones á cada párrafo y á cada línea, sus anfibologías y la inseguridad, por lo tanto, de sus ideas y de sus afirmaciones. «El primer gérmen de la Revolución, dice, está en Jesucristo; y á seguida añade: «Pero el movimiento filosófico, alma de la Revolución, es del todo ajeno al fundador del cristianismo.» ¿En qué quedamos?—(N. del T.)

(1) Discurso del abate FAUCHET, pronunciado el 5 de Abril de 1789 en conmemoración de los mártires del 14 de Julio de 1789.

el despotismo, exclama, haciendo á Dios cómplice de los tiranos. Ese es el más grande de sus crímenes. El sacerdote demócrata va á probar que Jesucristo ha predicado la democracia: "¿Qué dice el Evangelio? Los reyes de las naciones infieles dominan. Hermanos, no sucederá así entre vosotros: tendréis que comparecer ante los reyes y los que mandan; os preceptuarán la injusticia, y les resistiréis hasta la muerte. Como se ve, la traducción que el abate Fauchet hace de las palabras de Cristo en lenguaje revolucionario es un poco libre; son las ideas de la Revolución las que, sin saberlo, traslada al Evangelio. Bossuet hubiera tenido muchas cosas que responder á esa parodia de la Escritura. El abate Fauchet no oculta que en los libros sagrados hay palabras que, al parecer, ordenan la obediencia pasiva. "Los falsos doctores del despotismo, dice, creen triunfar porque está escrito: *Dad al César lo que es del César*. Pero lo que no es del César ¿habrá también que dársele? Pues la libertad no es del César, es de la naturaleza humana. El derecho de opresión no es del César; el derecho de defensa es de todos los hombres. Los tributos no son de los príncipes sino cuando los pueblos los consienten. Los reyes no tienen derecho en la sociedad sino en cuanto las leyes se le otorgan, y nada es de ellos más que por la voluntad general, que es la voz de Dios. Hé aquí un comentario de las célebres palabras del Evangelio que Cristo no hubiera comprendido. No se sabía, bajo el imperio romano, lo que significaba el concurso de la nación para legitimar los tributos. En cuanto á los derechos del pueblo, ¿éste no los había entregado al César? Pues diciendo que era necesario dar al César lo que es del César, en realidad, Jesucristo consagraba el despotismo (a).

Eso no obstante, el abate revolucionario transformaba á Jesucristo en demócrata. Citamos sus palabras, porque encierran una gran enseñanza. Quiere hacerse de Cristo un tipo ideal, y los unos le confunden con Dios, mientras que otros le colocan de tal modo por cima de la humanidad, que es imposible á los hombres sobrepasar su doctrina

(a) Esta manera sofisticada, superficial y estrecha de analizar y criticar la doctrina de Cristo, crítica que ni siquiera es voltariana, confirma la falta de base, de razonamiento sólido y de criterio seguro que demuestra Laurent en esta materia.—(N. del T.)

y apenas si pueden alcanzarla. ¡Ilusión del espíritu humano! Á cada época de su vida da la humanidad diverso sentido á las palabras del Evangelio, trasladando á ella sus deseos y sus esperanzas. Así es como siempre crece un hombre con todos los progresos que los hombres han realizado. En 1789 la democracia hacía una guerra á muerte á la aristocracia, y bajo la influencia de esos sentimientos el Cristo llega á ser un demócrata: "Jesucristo, dice el abate Fauchet, murió por el género humano al morir por su patria, puesto que fué sacrificado como enemigo del César. Ese era un falso pretexto en los deicidas; pero en el Hijo de Dios era una gran lección así para los Césares como para los pueblos. Se había pronunciado contra los aristócratas de su nación; medita esta importante verdad, hermanos míos; no cesaba de denunciar á la indignación pública á los tiranos del pueblo, á los exatores injustos de los tributos, á los despotas del pensamiento, á todos los opresores. ¿Qué extraña idea de la predicación evangélica! El Cristo no hubiera comprendido lo que querían decir el despotismo del pensamiento y la tiranía contra la cual se le hace predicar (a). Es que el 89 todas las preocupaciones se habían concentrado en la lucha contra la nobleza, y se encontró en el Evangelio lo que se buscaba, los sentimientos de la Revolución. La aristocracia era odiada como una fuente de todos los males; faltaba la última maldición contra ella, y el abate Fauchet va á lanzarla. "Los aristócratas indignados engañaron á la multitud que se arrastraba ante su orgullo, é insinuaron en el alma vil de sus esclavos la rabia que les animaba contra el Redentor de los hombres. En fin, hermanos míos, yo moriré contento después de haber dicho esta sola palabra: ¡Fué la aristocracia la que sacrificó al Hijo de Dios!,"

Nuestros lectores, sin duda, creerán que el abate Fauchet es algún falso hermano, algún lobo disfrazado con la piel del cordero; no, ese orador que tenía siempre la libertad en los labios y la rebelión en el alma, ese demócrata de sotana era predicador de la capilla real; era, ó se creía al menos,

(a) Quien no comprende ni la vida ni la muerte ni la predicación de Cristo es Mr. Laurent, ó, por lo menos, afecta no comprenderlas. Pues si quiere más despotismo y tiranía que la empleada con Cristo por pensar de otro modo que los escribas y fariseos, haga el favor de decirnos dónde se encuentra. Y es que Cristo, víctima de aquella tiranía y despotismo, ¿no lo comprendía?... Después de todo, ¿no le condenaron por sedicioso?—(N. del T.)

ortodoxo; el abate Fauchet no creía separarse de Roma, y en el 4 de Febrero de 1791 pronunció un sermón acerca del concierto de la religión y de la libertad. ¿Cuál es la religión que, en su sentir, se armoniza perfectamente con la libertad? La religión católica. Sí, el orador revolucionario sostiene seriamente que el verdadero régimen de la Iglesia católica es el régimen de la libertad, é invoca para probarlo la conducta de los primeros Padres de la Iglesia: "Aquellos hombres divinos cuyo valor invencible celebramos, ¿contemporizaban acaso con la tiranía? ¿Se sometieron á ese despotismo impío que viola el primer derecho del hombre cuando se quería prohibirles la libertad de sus pensamientos y de sus actos religiosos? Puedes degollarnos, tirano; pero no lograrás que nos pleguemos á tus órdenes arbitrarias. Atormenta nuestros cuerpos, nosotros conservaremos nuestras almas. La palabra es nuestra, y usaremos de ella con libertad mientras que tengamos voz para hacernos oír. La verdad está con nosotros, y la diremos ante tus ojos y la propagaremos hasta en tu palacio, en tanto que tengamos aliento para respirar. Tú nos mandas asar en las parrillas... Come, pero no devorará el Evangelio de la fraternidad con nuestra carne; ese Evangelio, con nuestro incorruptible pensamiento, va á extenderse por todo tu imperio." (1).

¿Habrá que añadir aquí que el predicador revolucionario disfrazaba á los mártires, como había disfrazado á Cristo? El abate Fauchet es el verdadero tipo de esos pretendidos discípulos de Cristo que aspiran á unir la ortodoxia estrecha de la Iglesia romana con el amor á la libertad, llevado hasta los sentimientos más democráticos. Ya le hallaremos en otra parte (2) preludiando el régimen constitucional que impuso á la Iglesia de Francia la Asamblea constituyente, y ocupando puesto en el cisma galicano como obispo, sin perjuicio de llamarse católico romano. Nosotros ponemos en duda la sinceridad de su fe; pero lo que no es dudoso es que el abate Fauchet, como sus sucesores actuales, son la contradicción en carne y hueso. Hay un dogma en la religión católica que bastaría por sí solo para acabar con toda libertad, porque sirve de base al despotismo más absoluto de la Iglesia, es la

(1) *Memorias de BAILLY*, en la *Colección de las relaciones á la Revolución francesa*, por BERVILLE, t. II, p. 306, nota.

(2) Véase la parte décimaquinta de estos *Estudios*.

creencia de su infalibilidad. Pues bien, en el sermón mismo en que el abate Fauchet sostenía que el verdadero régimen de la Iglesia católica era el régimen de la libertad sostenía el dogma de la infalibilidad, y á su lado venían invocaciones apasionadas á la libertad, y, mejor dicho, á una destrucción general: "Que todo se conmueva, que todo se anime en los dos mundos, de un polo á otro polo, sobre los tronos y en las cabañas. La hora de la libertad ha sonado; ha llegado la plenitud de los tiempos; los tiranos están maduros...". El destino trágico del orador sagrado que pronunció el elogio de los héroes del 14 de Julio es la imagen de las inconciliables contradicciones que se combatían en su alma. Declarado cismático y hasta hereje por la Iglesia, á la que pertenecía y á la que pretendía continuar unido á pesar del papa, fué llevado al cadalso por la Revolución, á la que había ensalzado el primero de todos desde el púlpito de Nuestra Señora de París.

Si el abate Fauchet hubiese sido una figura aislada, no merecería seguramente que la historia de las ideas del 89 hiciesen mérito de él. Pero no es una simple curiosidad histórica, sino que una gran parte de lo que se llamaba bajo clero en el antiguo régimen se afilió en la bandera de la Revolución y aceptó la constitución civil decretada por la Asamblea nacional como un retorno al cristianismo primitivo. La Iglesia constitucional toda entera participaba de los sentimientos republicanos del abate Fauchet, y uno de sus obispos, que tomó asiento en la Asamblea legislativa, adquirió no poca celebridad, entre otras cosas, por la concordia que sus palabras de paz y de caridad llevaron muchas veces á los partidos que se disputaban el mando. Lamourette era un hombre evangélico y al mismo tiempo ardiente partidario de la democracia; quería probar que la constitución nueva que acababa de darse la Francia tenía su base en el Evangelio. Bossuet había fundado el despotismo en la Sagrada Escritura: Lamourette invoca la palabra divina para fundar sobre ella la democracia: "Se confunde siempre, decía, la religión teológica, que no es más que una doctrina aristocrática, con la doctrina evangélica, que es todavía más democrática que la constitución. Nada difícil sería probar, por medio de magníficos monumentos, que el no estar ya á discreción de un puñado de lictores, llamados reyes, es debido á esa grande é inmortal

obra que se llama el Evangelio, y, por consiguiente, que la constitución de la cual esperamos la felicidad del pueblo es un resultado de aquel libro filosófico que, en medio de la esclavitud del mundo entero, advirtió á los hombres su degradación." (1).

Lamourette pronunció esas palabras el 21 de Noviembre de 1791, y el 21 de Setiembre de 1792 la Convención puso término al gobierno de los lictores. ¿Quién tomó la iniciativa de la República? ¿Quién pronunció esas magníficas palabras: La historia de los reyes es el martirologio de los pueblos? Pues fué también un obispo constitucional, el abate Gregoire, una de las más bellas figuras de la Revolución, que fué el defensor de la libertad bajo todos los gobiernos, y que hasta cuando la Convención se estremecía bajo el despotismo del Terror, y cuando las pasiones anticristianas se traducían en bacanales dentro de la misma Asamblea, se vió al obispo constitucional con sus sagradas vestiduras sentado en el sillón de la presidencia. También para él eran hermanas la fe y la libertad, y su fe era la creencia más austera, la del jansenismo.

Se comprenden los sentimientos del clero constitucional; hijo de una revolución, era revolucionario por esencia, y conservó, por otra parte, la fe que había adquirido en su educación; muy pocos de sus miembros dieron el escándalo de la apostasía. Necesitaba, pues, conciliar el amor de la libertad con las creencias cristianas. La reprobación de Roma y el odio que los ortodoxos profesaron siempre á los constitucionales demuestra cuál era la ilusión de los que creían permanecer fieles al cristianismo tradicional abrazando las ideas del 89 y del 92 (a). Sin embargo, esas ilusiones debían tener un poder inmenso, toda vez que participaron de ellas muchos hombres ajenos á la fe del clero constitucional. Uno de los más brillantes oradores de la Asamblea nacional, Lameth, pronunció un día palabras que hubiera podido hacer suyas el abate Gregoire: "¿Qué ha hecho la Asamblea nacional? Ha fundado la Constitución sobre esa consoladora igualdad tan recomendada por el Evan-

(1) *Monitor* del 22 de Noviembre de 1791.

(a) Lo que todo eso demuestra es que los verdaderos cristianos reconocían su doctrina en la de la Revolución. Lo que demuestra eso es que Roma no es el Evangelio, y la prueba de esto está en la bula *Unigenitus*.—(N. del T.)

gelio, y ha basado la Constitución en la fraternidad y el amor de los hombres; ha humillado á los soberbios, para servirme de las palabras de la Escritura, y ha tomado bajo su protección á los débiles y al pueblo, cuyos derechos estaban desconocidos; en una palabra, ha realizado, para felicidad de los hombres, aquellas palabras del mismo Jesucristo: "Los primeros serán los últimos y los últimos llegarán á ser los primeros." (1).

Lameth y casi todos los constituyentes no eran ya católicos, ni siquiera eran cristianos (a). Si se complacían en relacionar las ideas nuevas con las creencias antiguas, es sin duda porque el hombre no puede romper enteramente con lo pasado. La Revolución, á pesar de su audacia innovadora, sentía la necesidad de legitimarse enlazándose á una creencia que continuaba siendo la de la inmensa mayoría de la nación. Á medida que avanzó en su carrera de gigante, fué rompiendo con la tradición católica, sin desligarse nunca del cristianismo. Solamente que no fué á Roma á buscar sus títulos, fué al Evangelio. En la carta llena de altivez que el consejo ejecutivo dirigió al papa en 1792 se decía "que los principios evangélicos respiraban la más pura democracia." Esa carta era obra de una mujer, de madama Roland, que ya no era cristiana (b), no tenía más fe que en la libertad, y la guardó hasta el pie del cadalso (2); pero había sido creyente en su juventud, y conservó un alma religiosa. Aún en medio del Terror, el nombre de Cristo fué invocado como un nombre amigo de las clases que el antiguo régimen tenía desheredadas y que entonces eran soberanas. Camilo Desmoulins habló del *descamisado Jesucristo* en el momento mismo en que compareció ante el terrible tribunal que no pronunciaba más que sentencias de muerte. Hay que colocarse en este orden de ideas para comprender que Garat, ministro de Justicia en la época del Terror, haya comparado á Robespierre con

(1) BUCHEZ y ROUX, *Historia parlamentaria de la Revolución francesa*, t. V, p. 340.

(a) De ese modo se salvan pronto las dificultades. Los constituyentes se llamaban cristianos, pero no lo eran; se apoyaban en el Evangelio, pero entiéndase que no creían en la doctrina del Evangelio. Si bastase el que lo dijera Mr. Laurent, ¡pobres señores! ya estaban juzgados.—(N. del T.)

(b) ¿Se confesaría también Mad. Roland á Mr. Laurent, como Lameth y sus correligionarios? Estas aserciones, sobre lo gratuitas, tienen el inconveniente de que envuelven una acusación de hipocresía contra personas y corporaciones que dieron hartas pruebas de tener el valor de sus convicciones.—(N. del T.)

(2) MAD. ROLAND, sus *Memorias*, en la colección ya citada.

Jesucristo (1). Se hablaba del cristianismo sin ser cristiano, se hablaba del Evangelio sin haberle nunca leído, y de los dogmas cristianos sin conocer el catecismo (a), como han hecho después del 48 esa turba de socialistas y de comunistas ignorantes que invocaban la eucaristía social y la comunión fraternal para legitimar las más groseras concupiscencias, y que pretendían poner sus ensueños materialistas bajo el amparo de aquel que predicó el espiritualismo más extremado. Hé aquí á lo que conduce la ciencia histórica, que consiste en palabras y en frases. Tomad las tres palabras, libertad, igualdad, fraternidad; hacédselas decir á todo el que queráis; bautizad después esa fraseología de cristianismo, y tendréis una imagen del cristianismo descamisado del 93 y del cristianismo socialista del 48 (b).

II.

La opinión que enlaza la Revolución con el cristianismo ha encontrado favor entre los hombres que, aun dejándose llevar por el torrente revolucionario, sienten la necesidad de una fe, ó, al menos, de una tradición; es un vago instinto más bien que una doctrina. Hé aquí por qué se la encuentra hasta en los partidos más opuestos; dos escritores que consagraron una parte de su vida en recoger todos los monumentos de la Revolución francesa, Buchez y Roux, se adhirieron de corazón á los principios del 89, y se empaparon en ellos hasta el punto de ser su palabra de vida, y los autores de la *Historia parlamentaria* creyeron ver en el inmenso movimiento que se desplegaba ante sus ojos una manifestación del espíritu evangélico: "La Revolución francesa, dicen ellos, es la consecuencia última y más avanzada de la civilización moderna, y la civilización moderna ha salido toda entera del Evangelio. Es este un hecho irrecusable, si se con-

(1) DE BARANTE, *Historia de la Convención nacional*, tomo I, página XI.

(a) Los argumentos de Laurent no serán convincentes ni razonados siquiera, pero son resolutivos y cortantes.—(Nota del Traductor.)

(b) ¿Qué diría Mr. Laurent si á lenguaje tan atrabiliario y aseveraciones tan gratuitas le contestase algún descamisado que es él cabalmente el que, ó desconoce, ó lo que es peor, altera, desfigura y llena de almazarrón la doctrina del Cristo? ¿Qué diría si se le contestase que es él el que, tomando por base, fuente y garantía de la libertad á los filósofos y á los Bárbaros, para huir de encontrarlas en la doctrina del Cristo, mina el edificio de la libertad y nos lleva al despotismo y á la barbarie por la anarquía?—(N. del T.)

sulta la historia y se estudia en ella, no sólo los acontecimientos, sino las ideas promovedoras de ellos; es un hecho incontestable, si se examinan y se comparan, además, con la doctrina de Jesús todos los principios que la Revolución escribió en sus banderas y en sus códigos, y esas palabras de igualdad y de fraternidad que puso á la cabeza de todos sus actos y con las cuales justificó todos sus errores, (1). Nosotros también apelamos á la historia, y hemos dicho y repetido que las ideas son las que gobiernan al mundo; pero estudiamos la civilización en todos sus elementos, y no en uno solo; y si leemos que el cristianismo ha desempeñado un gran papel en la marcha progresiva de la humanidad, también leemos que las razas germánicas tienen una misión no menos gloriosa; el referirlo todo al cristianismo es no ver más que un aspecto de nuestro estado social. Por eso; cosa notable! los autores de la *Historia parlamentaria* hablan de la igualdad y de la fraternidad y se olvidan de la libertad (a). Sin embargo, la libertad figura también en la bandera de la Revolución; ¿y de dónde viene? ¿No será de los Germanos?

Las mismas ilusiones y las mismas esperanzas las encontramos en una pequeña escuela, ó, mejor dicho, en dos hombres que, á la vez creyentes y demócratas, hacen grandes esfuerzos para conciliar la fe antigua con las tendencias que empujan á la humanidad desde el 89. M. Huet, discípulo y amigo de Bordas-Demoulin, no cree que la Revolución y el cristianismo sean dos fuerzas enemigas é irreconciliables; cree, por el contrario, que estriba en su armonía la salud de la humanidad: "Yo he meditado, dice, á la luz de los nuevos tiempos sobre la misión del Salvador del mundo; he bebido en las sagradas fuentes la enseñanza social del cristianismo; y apartando lo que procede de los hombres para atenderme sólo á lo que viene de Dios, he encontrado evidente que la religión cristiana consis-

(1) BUCHEZ Y ROUX, *Historia parlamentaria de la Revolución francesa*, t. I, p. 1.

(a) El fanático empeño de hacer á los Germanos padres legítimos de la libertad moderna lleva á Mr. Laurent á extravíos lamentables: uno de ellos, el de hacerles también autores y progenitores de la Revolución francesa, en unión con los filósofos y con exclusión casi absoluta del cristianismo. Y en vano es que le contradigan la historia y la razón y la autoridad respetable de escritores como Montesquieu y como Laboulaye y como Edgar Quinet y hasta los mismos que intervinieron en el gran acontecimiento, y los que le han seguido paso á paso y con cariño filial, como Buchez y Roux: Laurent no se rinde; todos son unos ilusos, y solamente él ve claro. Esto tiene un nombre que por respetos al insigne escritor no queremos darle.—(N. del T.)

te, no sólo en formar por medio de la Iglesia ciudadanos para el cielo, sino en fundar aquí abajo una sociedad libre y fraternal. Hé aquí lo que nosotros llamamos una ilusión (a). En realidad, es un nuevo cristianismo el que predicaban MM. Huet y Bordas-Demoulin. El verdadero cristianismo, la religión de Cristo y de sus primeros discípulos, es una religión del otro mundo; M. Huet quiere hacer una religión de este mundo; tiene razón, es una condición de existencia, así para la religión como para la sociedad; pero esa religión á la que aspira, aunque procede del cristianismo, no será ya el cristianismo (b).

Bajo el punto de vista de M. Huet se comprende que quiera establecer una alianza entre la Revolución y el cristianismo; más que alianza hay una identidad. Las ideas de emancipación que los demócratas predicaban como una especie de nueva revelación, realmente no hacen más que reproducir el Evangelio ó son consecuencias necesarias de sus dogmas; la doctrina de Cristo es el principio; la nueva civilización es la consecuencia. Pero ese cristianismo no tiene nada de común con el cristianismo histórico. Es evidente que el autor del *Cristianismo social* se aparta del catolicismo romano: éste tiene su ideal en la Edad Media, mientras que el escritor francés declara que el Evangelio es radicalmente opuesto á la teocracia, á la intolerancia y á la Inquisición; y en cuanto al régimen de la Edad Media, le considera como una terrible dictadura que la barbarie de los tiempos hizo necesaria. Á sus ojos, la verdadera sociedad cristiana no toma posesión de la escena del mundo hasta 1789.

(a) Lo dicho: todos ilusos menos Mr. Laurent.—(N. del T.)

(b) Todo el gran argumento, ciento y más veces repetido de Laurent contra el cristianismo, es lo de que la religión del Cristo era religión del otro mundo. Declaro que aun cuando veo repetida esa misma frase á cada página, no comprendo el alcance y la fuerza que la da Laurent. ¿Ha de ignorar Laurent que esa religión ha servido para la vida de este mundo durante diez y nueve siglos, y que, durante muchos de ellos por lo menos, ha informado la vida de poderosas naciones? ¿Ha de ignorar que en la doctrina del Crucificado han tomado su savia instituciones, leyes, moralidad, costumbres, usos y modos de ser que hoy mismo constituyen la vida de las sociedades más cultas del mundo? Luego tenía germen de vida aquella doctrina; luego ha sido religión de este mundo. ¿Es que Laurent no conoce ó afecta desconocer que el reinado de Dios, en la palabra del Cristo y en su oración y en todo el fondo de su doctrina, es el reinado de la justicia y del amor en esta misma vida? No creo que lo desconozca, pero lo niega, atenido á la letra que mata y huyendo del espíritu que vivifica. Pues Cristo dice: "Amad el reinado de Dios y su justicia; lo demás — es decir, el bienestar material de la vida — se os dará por añadidura." Estas palabras solas destruyen todo el edificio levantado por Laurent. Pero hay materia para escribir un libro, y no es este mi intento.—(N. del T.)

La bandera de la Revolución es la del Evangelio: libertad, igualdad, fraternidad. ¿Qué importa que el nuevo dogma social haya sido por el pronto anatematizado por el sacerdocio? "Ese es un error abominable y digno de otro Jeremías.", M. Huet no ve diferencia alguna entre lo que se llama cristianismo primitivo y el cristianismo social inaugurado en 89, como no sea la de que el primero se contentaba con regenerar á los individuos, mientras que el segundo tiende á regenerar las sociedades modernas (1). El cambio es radical; es, en realidad, una revolución religiosa. Pero esa revolución ¿puede hacerse si se mantienen intactos los dogmas de la antigua religión? No es posible, porque es en fuerza de esos dogmas por lo que el cristianismo ha permanecido extraño al mundo y ha buscado su patria en la Jerusalén celeste.

M. Huet era todavía católico por sus creencias cuando escribió el *Cristianismo social*; es imposible que continúe siéndolo: ó abdicará su antigua fe y se lanzará atrevidamente en el porvenir adonde le llaman sus aspiraciones, ó renunciará á sus generosas esperanzas, para volver á entrar en el seno de la Iglesia. Este último partido no le tomará, y, por consiguiente, le es forzoso tomar el primero (2). Ese es el camino que nosotros hemos escogido, el mismo que escogerán millares de almas creyentes cuando vean que es imposible conciliar la fe de su infancia con las creencias políticas que son también una religión (a).

Hasta aquí nos hemos entendido con creyentes; y si no participamos de sus ilusiones, participamos al menos de sus esperanzas. Pero hé aquí un historiador poeta que también declara á su vez que la Revolución es el cristianismo traducido en instituciones políticas. M. Lamartine se paga de las palabras: "Encontrando hombres esclavizados y degradados por la tierra, dice, el cristianismo se levantó como una venganza bajo las formas de una resignación; proclamó las tres palabras que dos

(1) HUET, *el Régimen social del Cristianismo*, p. 1-10.

(2) Eso es lo que ha hecho M. HUET después de escritas estas páginas.

(a) Si Laurent, al atacar los errores del catolicismo y su desviación de la doctrina cristiana, no hubiese atacado esta doctrina por modos y razonamientos volterrianos, podría estar de acuerdo con Mr. Huet, y tal vez éste con Laurent. Pero Mr. Huet conserva su viva fe en la doctrina del Crucificado y la sigue considerando salvadora y divina antorcha de la humanidad en su marcha progresiva de indefinida perfectibilidad, mientras que Laurent no ve esa antorcha más que en los Germanos y en los filósofos. Yo creo que las ilusiones están de parte de Laurent.—(N. del T.)